

Las ruinas

Marco Hernández



Capítulo 1

I.

Reza un dicho popular que la ignorancia es virtud. Cuanta verdad hay en esa pequeña oración, pues si bien es verdad que almacenar conocimientos durante el plazo de una vida entera dedicada a la búsqueda del mismo es gratificante, a veces hay cosas, cuestiones antiguas como el tiempo mismo y ocultas en el polvo de su propia ominosidad que es mejor que permanezcan así, ignotas para los ojos humanos o de cualquier otro ser que no esté preparado para contemplar su terrible naturaleza. Lo sé porque hace poco tiempo, tuve la oportunidad de experimentar lo dicho en carne propia.

Los hechos que procederé a relatar a continuación son prueba irrefutable de ello. Las identidades de todos aquellos que fueron testigos, incluyendo la mía propia y la de los que perecieron a causa de aquellos terribles hechos serán censuradas, limitándome a colocar en lugar de nombres y apellidos las iniciales de los mismos, debido a que ni ellos, los sobrevivientes ni yo mismo hemos encontrado paz mental alguna después de esa experiencia, la cual puso a prueba la fortaleza de nuestra cordura.

Me parece adecuado para empezar, dar a conocer una breve reseña de mi vida, ya que fue gracias a mí, mejor dicho, debido a mí, que aquellos que me acompañaron en tan terrible y fatídica empresa se encuentran ahora bajo la tierra, enterrados y silenciosos. Nací hace poco más de veinte años en una madrugada lluviosa de verano en la ciudad de México. Debido a problemas en la estructura de su unión, el frágil matrimonio de mis padres se vio interrumpido cuando yo contaba apenas con los tres años de edad, por lo que mi madre fue la encargada de criarme sola desde esa temprana edad. De mi padre es todo lo que diré, ya que no lo volví a ver desde ese momento de mi vida en adelante. Tal vez fue esta estructura familiar la que me hizo aislarme de aquellos a los que yo consideraba normales, aquellos que si contaban con una familia completa. En ese aislamiento, encontré compañía en los libros de ciencia para niños que mi madre compraba para mí y en el rancho al cual íbamos cada verano, propiedad de sus padres, mis abuelos maternos. El campo de ese rancho fue probablemente el detonante de mi curiosidad, cualidad que creció a través de los años, alimentada ahora no solo por libros de ciencia, también por libros de historias, fábulas y mitologías de Grecia, Roma, Japón y de las culturas celtas y mexicanas. De igual manera alimentaba mis ansias de conocer los motivos de todas las cosas con documentales, enciclopedias y textos que a los demás niños de mi edad les parecían aburridos.

Nunca fui un fiel seguidor de las modas, me consideraba a mí mismo un paria social, un marginado que se la pasaba leyendo en los ratos de

recreo. Tenía mis ratos de ocio en los que dedicaba el tiempo a la lectura de historietas y a uno que otro pasatiempo mental, aunque igualmente me divertía explorando el exterior en busca de insectos, hojas de árboles de diferentes formas y a la apreciación de las más variadas formas en los más insospechados objetos. De igual manera me encantaba inventar historias. Mi constitución corporal siempre fue esbelta, pero frágil, lo que sumado a mi talla inferior al promedio me hacía blanco de burlas y a veces de ataques de mis compañeros, ataques que dejaban marcas en la piel que me esmeraba en ocultar de los ojos perspicaces de mi madre. A los quince años era considerado un alumno ejemplar con un gran futuro por delante si continuaba con la constancia mostrada hasta entonces. Cuando ingresé a la preparatoria, el mar hormonal que azotaba con fuerza las costas de mi mente me hizo entrar en una etapa de rebeldía. Fue esta la etapa de mi vida donde probé por vez primera las mieles del amor, donde tuve más amigos que los acumulados hasta entonces en toda mi vida con los que aun guardo comunicación y donde decidí experimentar de igual manera los efectos liberadores y sedantes del alcohol y de algunas drogas. Igualmente, en esta juventud temprana, fue donde acabé de pulir mi escepticismo, limitándome a creer solo en aquello que pudiera ver y comprobar, tomando las historias que leí durante mi infancia como simples cuentos sin otro valor más que literario, similares a los que yo inventaba en ese entonces. Este estilo de vida, sin embargo, no influyó en mi amor por los libros, por lo que seguí expandiendo mi horizonte literario, incursionando en géneros de horror y suspenso. Autores como Lovecraft, Poe, Derleth, King, Baker, Shelley, Quiróga, Kafka y Stocker hicieron mis noches más amenas y alimentaron los terrores ocultos en los rincones más oscuros de mi psique. Traté sin embargo de continuar constante en mi aprendizaje y con algunos tropiezos logré ingresar a la universidad, la más prestigiosa del país.

Fue en la universidad donde me encaminé en el largo y muchas veces sinuoso camino de las ciencias biológicas, convirtiéndolas en mi profesión. Fue aquí donde una vida dedicada a la lectura tuvo estragos en mis ojos, viéndome forzado a usar anteojos que me permiten ver con claridad a la distancia, debido al astigmatismo que desarrollé años atrás y que no traté antes por terquedad. No fui un alumno destacado a pesar de mis esfuerzos pero aun así logré hacerme de un título universitario y más tarde, gracias al trabajo social que realicé, de un empleo estable en una dependencia del gobierno federal dedicada a la conservación y protección de flora y fauna del país, por lo que he viajado mucho a través del mismo y lo conozco casi a la perfección. Casi...

Mi trabajo consistía en catalogar especies animales en diversas localidades, enlistar aquellas que estuvieran en riesgo y ayudar a formular planes para su protección y conservación. Era un trabajo más sencillo de lo que sonaba y era muy gratificante, no obstante pensaba a veces, sería más gratificante, ser parte de algo más grande como del descubrimiento de una nueva especie. Soñaba con la fama que eso podría traerme y me

esforzaba cada día más, tanto que mi jefe empezó a tenerme en su círculo cercano y tomaba mi opinión en cuenta cuando de asuntos importantes se trataba. Sin embargo, mi sorpresa fue mayúscula, cuando en una mañana de septiembre después de mi rutina de ejercicio, compré el periódico de ese día, en el cual se leía una noticia que trataré de transcribir a continuación:

Yucatán, México, 08 de septiembre del 201X

Descubrimiento de ruinas selváticas en Península de Yucatán.

Arqueólogos mexicanos descubrieron en días recientes un nuevo templo maya en las profundidades de las selvas en la península de Yucatán. El templo se hallaba oculto entre el denso follaje de la selva a 6 km de distancia del templo de Chichen Itzá. Se trata de un hallazgo sin precedentes, ya que a diferencia de las famosas ruinas, éstas se encuentran a una altitud mucho menor, comparable a la del famoso cenote que acompaña a su contraparte. El líder de la expedición, el arqueólogo e investigador del INAH, H... M... ha dicho que se trata de un templo dedicado a la adoración de una deidad aún desconocida y que todos los detalles sobre la excavación y el templo en sí serán dados a conocer en los días próximos en una rueda de prensa.

A pesar de lo pequeña que era la nota, ésta causó un enorme impacto en mi mente, la cual se encontraba inundada por una mezcla de adrenalina y expectativa combinada con ese destello que acompaña siempre a las buenas ideas que se sentía en el estómago como un nudo y en la cara como un entumecimiento que terminaba en una sonrisa. Corrí a mi departamento con el periódico; al llegar lo arrojé sobre mi mesa y corrí a bañarme. Al terminar de vestirme y arreglarme lo volví a tomar, junto con un trozo de pan y salí rumbo a mi trabajo. Al llegar, mis compañeros volteaban a verme, algunos asustados, otros sorprendidos y otros más conteniendo la risa, tal vez por la manera en la que casi corría para llegar o por lo peculiar de mi imagen personal al haberme arreglado tan a prisa. Llegué directamente a la oficina de mi jefe, entré sin tocar la puerta y arrojé el periódico sobre su escritorio mientras hablaba ante su mirada sorprendida, que poco a poco se fue transformando a expectante, dando paso finalmente a una mirada de interés y de reflexión final cuando terminé de exponer mis puntos. Le había hablado de la posibilidad de encontrar especies nuevas tanto animales, como fúngicas e incluso vegetales en el interior de ese templo impío recién descubierto y de la importancia de catalogarlos para estudios posteriores. No tardó en dar su aprobación y me pidió que formara un equipo para llevar dicha tarea a cabo. Él se iba a encargar personalmente de entablar comunicación con el INAH para que fuera una investigación conjunta y que a más tardar en cinco días partiríamos rumbo a las ruinas. Salí de su oficina saltando de

alegría y con una sonrisa de oreja a oreja topándome con mis compañeros que tenían la oreja pegada a la puerta de la oficina del jefe.

Capítulo 2

II.

Los días siguientes a la publicación de la noticia estuvieron plagados de acontecimientos inquietantes, la mayoría rodeados por un halo de misterio. Tal vez aquello debió darme algún indicio, alguna pista sobre lo que ocurriría después. Primero, en cuanto recibí la autorización de mi jefe para partir a las ruinas a finales de esa misma semana, formé un equipo con algunos de mis compañeros de trabajo que eran si bien no expertos, lo suficiente competentes en sus trabajos. Para el mapeo de la zona, escogí a J... E... y a I... S..., ambos hábiles en el uso de computadoras y de programas especializados y que en los últimos cinco años se habían ocupado de mapear gran parte de las zonas más profundas de la selva del sureste del país con ayuda de tecnología de drones muy costosa y poco común para entonces. En el campo de clasificación botánica escogí a J... M..., que había sido compañera mía desde la universidad y con quien había tenido inclusive un intento de relación amorosa, la cual no había resultado del todo bien y habíamos decidido terminar en buenos términos. Ella amaba las plantas y parecía que ellas le correspondían dándole tantos éxitos en su vida profesional que aún me parecía increíble el hecho de que hubiera decidido permanecer en el país a pesar de que su trabajo era muy bien conocido en el extranjero. Mi amigo M... M... y yo, que compartíamos nombre y una amistad muy larga seríamos los encargados de recolectar y catalogar las especies animales que encontráramos en las ruinas. Tres días después de formado mi equipo de trabajo recibí una llamada de mi jefe informándome que se había puesto en contacto con el titular del INAH y que éste había autorizado nuestra llegada e intervención siempre y cuando estuviéramos comprometidos a no dañar el material antropológico. Incluso se había ofrecido a prestarnos equipo y personal para apoyarnos. Estaba hecho, en dos días más partiríamos rumbo a las ruinas, siempre y cuando nada más pasara.

Sin embargo esa misma noche, otra noticia relacionada a las ruinas hizo eco en prácticamente todos los rincones del país que tuvieran una televisión o acceso a internet. Dos miembros de la expedición de investigadores del INAH habían desaparecido en el interior de las ruinas al estar explorando un pasaje recién descubierto y después de que un pequeño derrumbe hiciera colapsar el techo de la cámara donde se encontraban. Sumado a eso, otros cinco habían sido atacados por miembros de la comunidad indígena que vivía en la profundidad de la selva en la cercanía de las ruinas; todo debido a que al parecer, no estaban de acuerdo en que la excavación continuara. La situación era tan grave, que el jefe de la expedición H... M... había recibido la orden de abandonar de inmediato las ruinas con los miembros heridos de la expedición en dirección a la capital del país. Los servicios de rescate para los que estuvieran atrapados dentro de las ruinas tendrían que esperar

hasta que autoridades locales lograran negociar con los indígenas, que se mostraban reacios a la intervención del gobierno. H... había sido traído a la capital junto con sus compañeros y después de un chequeo rápido y una reunión privada en su cuarto de hospital con sus superiores, había decidido dar a conocer los detalles de lo que había ocurrido en una rueda de prensa, al menos los detalles que le hubieran permitido revelar. En la rueda de prensa, se limitó a decir que la ubicación de las ruinas había estado resguardada por cientos de años por esa comunidad indígena que siempre supo de su existencia y que desde el principio intentó disuadirlos de no intervenir en su re-descubrimiento, argumentando que se trataba de un templo erigido a la maldad, cosa que él y su equipo confirmaron al descifrar las pinturas que se encontraban en las paredes del templo.

Según sus palabras, el templo había sido construido en un tiempo muy anterior al florecimiento de la cultura maya en el sur del país en honor al dios murciélago de la maldad Camazotz, aquel que traía la rabia y las enfermedades. Los motivos para construir un templo entero a la veneración de una figura tan siniestra y ominosa quedaban poco claros, pero conforme ellos avanzaban en su investigación, la ira de los habitantes del poblado crecía a tal grado que el día del incidente hubo un altercado en el que incluso, armas de fuego estuvieron involucradas y no les quedó otro remedio que resguardarse en el templo maldito que fue atacado por la turba enfurecida provocando el derrumbe de su débil estructura en una de sus cámaras más profundas y con ello la desaparición de los dos investigadores. El resto del equipo apenas tuvo tiempo de escapar a un poblado cercano, donde H... se contactó con su superior y éste le ordenó volver inmediatamente donde fue ingresado a un hospital junto con los demás investigadores, todos heridos no de gravedad por fortuna.

No obstante, algo en su discurso no me parecía convincente. Observaba sentado desde el pequeño pedazo de mi departamento que fungía como sala la conferencia de prensa y como la figura fuerte y corpulenta que era H... se tornaba débil y trastabillante al relatar la última parte de su discurso. También pude notar la manera en la que volteaba su mirada al relatar los hechos hacia sus superiores que se encontraban al lado suyo, resultando esto último en una intervención del director del INAH para excusarlo diciendo que se encontraba cansado. En cuanto todo terminó, empecé a recibir mensajes de mis compañeros, aquellos a los que había escogido para la expedición que haríamos en días próximos y por último, una llamada de mi jefe, comunicándome lo obvio: la expedición se cancelaba hasta nuevo aviso, si no es que de manera permanente. Mi oportunidad se había ido. Estaba turbado por todo lo que pasaba, no contesté los mensajes de mis compañeros, apagué el televisor y me dirigí pensativo y apesadumbrado a mi cama, solo para tener una de las noches más intranquilas que he tenido en años, con pesadillas de murciélagos, arañas y rituales bárbaros de tiempos antiguos e impíos, así como visiones cataclísmicas, todo armonizado con un ruido de tambores y

caracoles que resonaba no solo en mi mente, sino también en mi consciencia y parecía quedarse ahí hasta la mañana siguiente llamándome.

Al día siguiente, decidí ir a visitar a H... al hospital para indagar mejor sobre lo ocurrido en la excavación. Sin embargo, su esposa y el resto de su familia estuvieron todo el día con él por lo que me tuve que retirar hasta el día siguiente. Para entonces a diferencia de lo que creí, no me encontré con mayores dificultades para poder verlo; tal vez, después de todo, mis sueños de días pasados solo habían sido maquinaciones mías, paranoia provocada por el insomnio alimentada por la ficción de lecturas poco ortodoxas para la ocasión. Me presenté con mi nombre y cargo y le manifesté mi admiración hacia su trabajo; él se mostraba alegre pero un poco disperso, posiblemente por el golpe en su cabeza que era cubierto por un gran parche formado por una gasa y cinta "micropore". A pesar de eso, era un tipo agradable y un gran conversador. Aun así, su semblante se tornó sombrío cuando le mencioné las ruinas y la conferencia de dos días antes. Trató de llamar a una enfermera para que me sacara de su habitación pero lo detuve y lo confronté. Le interrogué sobre las ruinas, sobre lo que había pasado en realidad y la distancia a la que habían llegado él y su expedición. Lo hice tan rápido y sin pausas que no lo dejé articular palabra alguna mientras forcejeaba para impedir que llamara a la enfermera. Intenté convencerlo para que me llevara, junto con mis compañeros a las ruinas y me guiara. Le hablé del reconocimiento y la fama, usé incluso como argumento a sus dos compañeros perdidos en el interior de las ruinas y usando mis motivos personales inmediatamente después.

H... se tranquilizó y permaneció quieto un rato, pensativo, mirando la pared de la habitación para al final acceder a llevarme a mí y a mis compañeros a las ruinas cuando saliera del hospital, aprovechando que su jefe le había dado licencia para unas vacaciones, solo y solo sí yo lo ayudaba a encontrar a sus compañeros, ya que según su jefe, los servicios de rescate tardarían en llegar mucho más tiempo de lo planeado a la zona. Era lo único que estaba dispuesto a compartir, ya que tenía órdenes de guardar el más absoluto de los silencios sobre sus hallazgos. La hora de visitas terminó, me despedí de él agradeciéndole infinitamente su ayuda y me retiré después de estrechar su mano efusivamente. Sin embargo, antes de que abandonara su habitación, me dijo que aún estaba a tiempo de retractarme, ya que había cosas que es mejor no saber. Mi única respuesta fue una sonrisa desafiante.

Capítulo 3

III.

El sol me pegaba en la cara, cosa que sumada al calor húmedo de la selva resultaba abrumador. Dos semanas después de mi reunión con H... en su habitación del hospital, habíamos partido en dos camionetas con dirección al estado de Yucatán, por un tramo de la autopista que iba a las ruinas de Chichen-Itzá, semioculto, que se desviaba a las profundidades de la selva. Una de las camionetas le pertenecía a él y a su equipo, formado en total por tres personas dirigidas por él mismo. En la otra camioneta íbamos mi equipo y yo, mis compañeros de trabajo a los que previamente había seleccionado para mapear y registrar el área de las ruinas.

Habíamos tardado en partir hacia nuestro destino más de lo previsto, debido en parte, a que los médicos del hospital donde se encontraba internado H... se habían tardado más de lo esperado en darlo de alta a pesar de su evidente mejoría y en parte también a la demora en la autorización por parte de sus superiores para volver a las ruinas. H... a pesar de las vacaciones forzadas que su jefe le había autorizado decidió hablarle sobre su intención de volver al lugar para ir por sus dos compañeros perdidos en una misión exprés de búsqueda y rescate. No le había mencionado que mi equipo y yo lo acompañaríamos, ya que de haberlo hecho, se habría negado rotundamente, según sus palabras.

Por mi lado, aprovechando las festividades que se aproximaban, logré convencer a mi jefe de que me diera a mis compañeros y a mí un asueto adelantado, con la promesa de que durante las fiestas nos presentaríamos sin falta y sin el sueldo correspondiente a esos días. No mencioné nada sobre las ruinas. Debido a la confianza que me tenía no dudó de mi palabra y autorizó mi petición. Mis compañeros al saberlo no lo tomaron muy bien; me importó muy poco. Por no contar con una autorización, la camioneta en la que íbamos no era de uso oficial. Pertenecía a mi amigo M... quien la conducía; el equipo y materiales que llevábamos de igual manera era de nosotros, todo para no levantar ninguna sospecha de que efectivamente habíamos partido hacia la selva del sureste. Todo iba empacado en la parte trasera junto con J... y yo; ella sentada admirando el paisaje tras unos lentes de sol de diseño extravagante y yo recostado sobre las mochilas, durmiendo la mayor parte del camino con un sombrero sobre mi cara para evitar que el sol interrumpiera mi sueño. La camioneta de H... en cambio, si era de uso oficial y llevaba las siglas e insignias distintivas de su institución.

En un punto del camino, el sol se ocultó tras las sombras de los árboles y la camioneta de H... que iba delante de nosotros, se detuvo obligándonos a nosotros a hacer lo mismo. El apagado del motor me despertó, me quité el sombrero de la cara y me lo puse sobre la cabeza. También me quité

los lentes para limpiar el vaho que los empañaba, mientras, H... y T..., el guía indígena de la región que pertenecía a su equipo habían bajado de su camioneta y me decían que debido a las circunstancias con las que habían abandonado semanas atrás las ruinas, era preciso seguir a pie desde ese punto, lo más sigilosamente posible para evitar levantar sospechas. No tuve opción más que aceptar. Mi equipo y yo tomamos nuestras mochilas y el material más esencial para mapeo, muestreo y exploración, así como un pequeño botiquín. H... y su equipo hicieron lo mismo, sacando de su camioneta el equipo para para escalado y exploración de cuevas. Partimos siguiéndolos. Caminamos un largo tramo en lo que parecía un pequeño sendero en medio de la selva aparentemente recto, pero que en realidad se curvaba ligeramente dando un zigzaguo enorme, que estrechaba el camino más y más a medida que avanzábamos.

T... era realmente un buen guía y gran conocedor de la región. Hablaba un español fluido y nos contaba en susurros curiosidades sobre las plantas y los sonidos animales que escuchábamos conforme avanzábamos, como su nombre común y las leyendas sobre su origen. Fue así que nos enteramos de los horribles chiwo y del abominable Ya-te-veo, el árbol come hombres. Para responder a una pregunta de M... también nos habló de las ruinas, del templo de Camazotz y sobre el dios murciélago y el temor que inspiraba a sus ancestros y como el venerarlo trajo terribles consecuencias para ellos. De pronto H... le ordenó que dejara de hablar sobre eso, argumentando que solo se trataba de leyendas sin fundamentos y que no eran apropiadas para la moral del equipo ahora que nos dirigíamos hacia ese despreciable lugar. Conforme avanzamos, el calor dio lugar a un frío que sumado a la humedad ambiental hizo que nuestro sudor empezara a evaporarse dando la sensación de que habíamos estado prendidos en llamas y nos habían apagado recién. El camino empezó a estrecharse tanto que tuvimos que pegarnos a la ladera rocosa de uno de los lados del camino para evitar caer a través de una ladera de considerable altitud.

En otro tramo del camino éste recuperó su anchura y pudimos avanzar con normalidad unos cuantos metros antes de que T... nos ordenara echarnos pecho tierra para ocultarnos tras un pequeño montículo de hojarasca. La aldea indígena que habitaba en la selva y que los había atacado se encontraba unos metros delante de nosotros, de hecho era posible observar sus chozas a la distancia en la que estábamos; cada vez nos encontrábamos más cerca del templo impío. Tuvimos que avanzar así hasta que la vegetación recuperó su grosor original y al levantarnos estábamos completamente sucios y con la ropa húmeda, cosa que molestó a mis compañeros, lo que sumado a la aparición de mosquitos empezaba a calentar el ambiente, que de completamente silencioso, empezó a transformarse en una oleada de quejas y susurros molestos que sonaban a un volumen audible. Le preguntamos a T... a donde dirigirnos en caso de otro incidente como el que les había pasado a ellos. Nos señaló un sendero casi imperceptible que se desviaba hacia la derecha, que según él

se conectaba con el sendero principal varios metros atrás del estrechamiento del camino, ese había sido el sendero por donde ellos habían llegado con sus camionetas la primera vez y el que habían tomado para huir y de hecho aún podían verse las marcas de varias pisadas y neumáticos en el fango. Entonces I... tuvo la idea de empezar a marcar con su navaja la corteza de algunos árboles para no perdernos en caso de tener que huir. Él y A..., la otra miembro del equipo de H... se dirigieron hacia ese sendero a hacer dicha tarea. Para entonces, H... se nos había adelantado, pues él conocía perfectamente el camino desde ese punto.

Unos diez metros más adelante, en un claro en medio de la selva, cubierto por musgo y algunas enredaderas se alzaba una pequeña pirámide a medio desenterrar mucho más rústica y de un tamaño inferior a los basamentos piramidales de Chichen-Itzá o cualquier otra zona arqueológica del país. Yo había tenido la oportunidad de visitar varias ruinas arqueológicas nacionales en el pasado como turista y soy testigo del misticismo que proyectan al espectador, sin embargo, este templo semiescondido en las profundidades de la selva proyectaba maldad con todas sus letras. Se veía que había sido construido por una civilización primitiva, con varias fallas y discordancias en tamaño y diseño, siendo más grande en la cúspide de lo que debería ser en realidad. La roca con la que se encontraba hecho era de un color negro, que a pesar del paso del tiempo había conservado ese color. De alguna manera hacía que el aire a su alrededor pareciera pesado. Incluso, en ese claro en el que se hallaba, no era posible escuchar a algún animal ni observar ninguna planta que no fuera musgo o enredadera, ni siquiera mosquitos, como si la naturaleza huyera de la maldad a la que se le había erigido tal abominación.

En cuanto nos acercamos, H... empezó a subir por la escalinata hacia la cima, parecía fuera de sí ya que no escuchaba a nadie. Penas y logramos alcanzarlo corriendo y entramos al templo. Jadeantes, pudimos ver que la cámara en la cima de la pirámide era de tamaño reducido. En cuanto estuvimos dentro, mi equipo y yo nos colocamos nuestras lámparas portátiles en la frente y las encendimos. Tanto H... como T... parecían conocer el interior perfectamente, ya que no encendieron luz alguna y caminaban con mucha confianza, cosa natural, pues habían permanecido ahí mucho tiempo. El suelo se encontraba cubierto de un moho que lo hacía resbaloso y le daba un olor a humedad y a podredumbre. Las paredes también estaban cubiertas de este moho pero tenían rastro de que este había sido retirado con anterioridad, posiblemente por el mismo H... y su equipo para observar las pinturas de los mismos. Éstas, a pesar de estar deterioradas por la marcha incesante del tiempo y la humedad, relataban la historia del pueblo que había construido el templo. Se trataba de un pueblo guerrero, bárbaro y brutal, que se dedicaba únicamente a hacer la guerra para obtener prisioneros. Sin embargo, también era posible observar a gente de rasgos similares siendo sacrificada.

Escenas rudimentarias de sacrificios, todos ellos brutales a pesar de la simpleza con que estaban representados. En algunos se veían niños, en otros, mujeres presumiblemente jóvenes, en otros, hombres maduros y en los últimos, ancianos. Los colores del fondo cambiaban de verde a rojo y después a amarillo, tal vez como las estaciones del año, ¿cómo era esto posible en un área donde la vegetación permanecía verde todo el año? En todas las escenas a los sacrificados se les sacaba el corazón y se les cortaba la cabeza. La sangre era recolectada y usada por los sacerdotes para ungir el templo, que se cubría completamente de rojo. Dios, ¿cuántos individuos eran necesarios para cubrir todo un templo de sangre? Los corazones eran arrojados por una fosa en medio del cuarto, una fosa en cuya parte baja reposaba una criatura espantosa, mitad hombre, mitad murciélago, Camazotz, el dios de la maldad. Las cabezas eran arrojadas a otro pozo adyacente, en cuyo fondo se observaba a una entidad deforme, con muchas manos y pies surgiendo de su torso, negra en su totalidad. Según H... se trataba del Chiwo, nombre con el que se le conocía también a las tarántulas del género *Brachypelma* sp. en aquellos días de barbarie.

Nos adentramos un poco más. Después de ver todas esas representaciones pesadillezcas, el interior de esa cámara parecía un poco más grande ahora. Como si al entrar, el espacio-tiempo se hubiera deformado trasladándonos a esos días en los que los monstruos vagaban en la tierra y los hombres eran sus sirvientes y les rendían culto y alimento con su propia carne, con sus propios corazones aun palpitantes, con sus almas. No, sólo era un templo erigido a la ignorancia, a lo que no se podía explicar en esos tiempos antiguos, sí, eso era. Con ese pensamiento desapareció de mi mente el sonido de los caracoles que sostenían los sacerdotes en las pinturas antes de sacrificar a sus víctimas, los gritos de la multitud enaltecida y excitada al pie del templo esperando recibir la sangre de sus amigos y familiares para consumirla y el horrendo tamborileo producido por el latido de los corazones fuera de sus cuerpos.

Por fin llegamos al centro de la cámara, donde se encontraban las dos fosas representadas en las pinturas, cada una a cinco metros de la otra, aproximadamente. Entonces H... y T... comenzaron a sacar su equipo para escalar y a montarlo. Estaban decididos a bajar a la primera fosa y nos dieron la opción de acompañarlos. Tras dudar un rato, y mirarnos un momento, mis compañeros y yo decidimos acompañarlos en su descenso. Después de todo, lo que estaba pintado en ese templo impío no eran más que leyendas. Y con ese pensamiento en mente, empezamos a bajar.

Capítulo 4

IV

El diámetro de la fosa era de aproximadamente dos metros y medio, por lo que era fácil maniobrar mientras descendíamos. Aun así, muestra poca experiencia y en mi caso, el vértigo que me causaban las alturas, hacía esta tarea más lenta de lo normal, por lo que H... y T... que iban delante de nosotros tomaron una ventaja considerable con demasiada rapidez.

Tal vez suene exagerado, pero conforme descendíamos, la oscuridad que reinaba en el interior de la cámara principal de la pirámide parecía hacerse incluso más oscura. Incluso la luz de las linternas parecía ser insuficiente para iluminarnos. Sumado a eso, la temperatura comenzó a descender aún más y la humedad aumentó por lo que el sudor evaporado era visible a la luz de las linternas. Mis lentes se empañaron, siempre tuve problemas con eso, por lo que tuve que detenerme en varias ocasiones a limpiarlos con mis manos para poder continuar y no tropezar con alguna saliente, cosa que hacia el final del descenso fue inútil, puesto que no existía ninguna. La fosa estaba tan bien hecha, ningún borde, ninguna saliente. Todo era completamente liso, como si sus arquitectos la hubieran diseñado para evitar que algo escalara con sus propias manos hacia la superficie.

El llegar al fondo de la fosa fue tardado. La estructura era mucho más grande de lo que se veía por fuera, según me reveló H... cuando nos encontramos con él y T... al fondo de ese oscuro respiradero. Según sus estimaciones, la pirámide era por lo menos dos veces más grande que el templo principal de Chichen-Itzá, de ahí la discordancia de tamaños que se observaba desde el exterior en su diseño. - ¡Qué horror! - pensé. Quedé petrificado ante tal revelación. ¿Cómo era posible que una civilización más antigua que los grandes mayas construyera semejante monumento a la maldad, con tales dimensiones y en medio del fangoso suelo selvático? No dije nada, dejé que mi silencio y mi expresión, que estuve seguro H... notó hablaran por sí solos. Bajamos y nos quitamos el equipo para escalar, dejando las cuerdas, para subir al volver.

Notamos que el fondo de la fosa era mucho más ancho, dándole una forma de campana. El olor a humedad se mezclaba con otros olores pútridos, realmente nauseabundos. Las linternas alcanzaban a iluminar las paredes de esa habitación revelando la existencia de mohos verdes y oscuros y hongos mucilaginosos blancuzcos realmente impresionantes y otros tantos que emitían una luz blanco-azulada que fluctuaba de manera hipnótica. Rápidamente M... y J... colectaron muestras de estos ejemplares y seguimos con nuestro camino. Parecía que nos encontrábamos en un nivel inferior de la pirámide, pues la fosa se conectaba con un túnel angosto, al cual no se le veía el final; según H...

casi al final de ese túnel ocurrió el derrumbe que dejó atrapados a sus dos compañeros. Comenzó a caminar, siempre acompañado por T... y nosotros detrás de ambos.

Resulta curiosa la manera en la que la oscuridad potencia los sentidos ajenos a la vista y a la vez nos priva de la noción del tiempo, pues en el rato, que pareció incluso de varias horas, incluso días, que caminamos encorvados por ese túnel que no parecía tener fin, captamos una multitud de ruidos, aromas y texturas provenientes de insectos, miriápodos y otros artrópodos de variadas e indescritibles formas que se escabullían entre las grietas y que M... no pudo ver nunca, mohos que escurrían del techo y posibles desechos de otros animales en el suelo. A mitad del trayecto, notamos una voz, voz que provocó se nos crispó el vello corporal. Sin embargo, nos tranquilizamos al descubrir que no se trataba de nadie más que de T..., quien había comenzado a rezar en su lengua nativa. Sus oraciones eran rápidas y continuas, costaba distinguir cuando comenzaba una palabra y comenzaba otra. J... le preguntó con un tono temeroso qué significaba todo ello y H... contestó que eran oraciones de protección, propias del pueblo de T..., protección contra la oscuridad. No pude ver con la claridad que hubiera querido, pero estoy seguro que la expresión de M... y de J... reflejaba la misma inquietud que sentía yo por dentro en esos momentos. Igualmente, al voltear a ver a T. pude distinguir que jugaba con algo pequeño en su mano, algo parecido a un trozo de madera.

Avanzamos un tramo considerable, pero el túnel parecía no tener final e igualmente parecía ir completamente en línea recta. Sin embargo, en un momento que no esperamos, tanto H... como T... se detuvieron, lo mismo que las oraciones de éste último. Habíamos llegado a lo que parecía al final del túnel. Algo andaba mal. Frente a nosotros una enorme cámara se abrió paso. Las paredes y el techo rocosos se encontraban cubiertos de una tela, similar a la que hacen las arañas tejedoras. Colocando su dedo índice sobre sus labios, H... nos indicó que no hiciéramos ruido ni movimientos bruscos; muy tarde, pues M... al igual que yo era un entusiasta de los artrópodos, principalmente arácnidos, y al percatarse de la presencia de la tela había corrido a la pared de la cámara más cercana a buscar a la autora de semejante obra. Cuando volteé a verlo, lo único que mi linterna pudo alumbrar fue su cuerpo siendo levantado por algo desconocido, de tamaño relativamente grande, tan rápido que no alcancé a verlo con claridad. Oí el grito desgarrador de mi amigo y un sonido similar a un trueno amplificado por la acústica natural de la cámara que nos hizo gritar a J... y a mí, mientras cubríamos nuestros oídos con ambas manos. Los tímpanos me zumbaban pero pude escuchar los gritos que daban una orden de huida por parte de H... mientras más truenos, que en realidad eran disparos producidos por un arma que T... sacó de entre su ropa sonaban, acompañados de chasquidos y gritos horribles. Por último

se oyó un ruido, como el de un costal cayendo al suelo de la cueva.

Sin embargo, H... había salido corriendo al otro lado de la cámara. Con ayuda de mi lámpara pude vislumbrar una abertura, similar a la que habíamos utilizado para entrar en la cámara solo que ésta se encontraba cubierta de tela y a H... corriendo hacia ahí. Yo había tomado la mano de J... mientras corría siguiéndolo, arrastrándola junto conmigo a un paso al que no estaba acostumbrada, pero al verlo huir, una descarga de furia inundó mi cerebro, que, sumada a la adrenalina de desconocer lo que estaba ocurriendo me hizo soltarla y correr más rápido de lo que había hecho antes en mi vida. Toda mi vida estaré arrepentido de haberlo hecho. Vi como H... le quitaba apresuradamente la tela pegajosa a la entrada del otro túnel y seguí corriendo, mientras atrás de mí T... gritaba en su lengua nativa maldiciones y continuaba disparando. Corrí mientras un sabor amargo, similar al cobre me inundaba la boca. J... me gritó algo, algo que no alcancé a oír; únicamente distinguí la angustia inundaba su voz. Estaba decidido a alcanzar a H... y a matarlo como fuera, a golpes tal vez, pues estaba convencido que él sabía lo que estaba pasando y que nos había llevado hasta ahí como una distracción, como carnada o sacrificio, que tal vez la historia sobre sus compañeros perdidos era una mentira. Mi mente empezó a divagar, a crear teorías sobre cultos extraños, escondidos en la profundidad de la selva, cultos que aun veneraban a esas...cosas que vivían en la cámara y las alimentaban con carne humana. Los recuerdos de mitología lovecraftniana sobre mi infancia solitaria empezaron a fluir de nuevo. No pensaba con claridad.

El camino que seguía el túnel por el que H... huyó era muy largo y se iba estrechando. Lo noté al golpear mi costado con la pared. Ese choque hizo que perdiera el equilibrio, lo que sumado a una roca en el suelo que no vi con anterioridad me hizo tropezar y caer de bruces. La caída me hizo perder la lámpara de la cabeza y que se rompiera al caer. Me levanté como pude y seguí, aunque adolorido y cojeando y con las rodilla sangrando, pues pude sentir como mi pantalón se humedecía, esa sensación que da al lastimarse en un área del cuerpo en específico, cálida al principio y fría al final. Sin embargo lo estrecho del túnel había hecho a H... disminuir su velocidad por lo que empecé a darle alcance, lo supe porque a pesar de no poder ver podía escuchar su respiración jadeante y ver el leve resplandor que emitía su lámpara, que era lo que me había guiado hasta él. Estiré mi brazo y pude sentir la tela de su camisa; con mis reflejos aumentados por la adrenalina, lo mismo que mi sentido del tacto, me prendí de él y lo jalé hacia mí. Logré derribarlo a pesar de que era más grande y corpulento que yo. Cayó sobre mí perdiendo la lámpara de su cabeza y empezamos a reñir. A pesar de su peso superior al mío pude escabullirme no sé cómo y posicionarme sobre él. Los detalles de esa riña son confusos: manoteos y golpes al azar, la mayoría al aire o a las paredes del túnel, con jadeos de esfuerzo y gritos de dolor. Finalmente pude hundir uno de mis dedos en lo que parecía su rostro, en uno de sus ojos para ser exactos, lo que lo hizo gritar del dolor, grito que se mezcló

con un grito femenino proveniente desde la cámara que había quedado atrás. ¡J...! ¡La había dejado abandonada con esas cosas! Jamás me lo perdonaré. Volteé asustado al otro extremo del túnel, percatándome que los disparos habían cesado desde varios minutos atrás. H... se aprovechó de esa distracción para tomarme del cuello con uno de sus brazos, derribarme y golpearme con su otro brazo. Un líquido escurría desde su rostro sobre el mío, sangre mezclada con sudor, mientras seguía golpeándome. Era muy fuerte, no pude zafarme del agarre de su mano, me golpeó hasta la inconsciencia. No vi más que oscuridad, esta vez oscuridad total.

Capítulo 5

V.

Escribo esta, la última parte de mi testimonio desde la tranquilidad de un exilio autoimpuesto, pues desde que I... y M..., junto con un equipo de rescate me encontraron en la selva en un estado tan deplorable tanto física como mentalmente que pensaron me encontraba agonizando hasta mi completa recuperación pasaron muchas cosas. Me hallaron tembloroso y bañado en un sudor frío, hablando lo que ellos, insensatos aún hoy llaman "incoherencias". Ellos no estuvieron ahí, ninguno de ellos vio lo que yo vi y en verdad doy gracias de que sea así, pues de lo contrario, ellos también dudarían de todo lo escrito hasta hoy en los libros y aceptado por la ciencia como verdadero, además de que sus corduras igualmente serían puestas en duda. Escribo esta, la última parte de mi testimonio con una mano temblorosa y aun sintiendo escalofríos cada vez que recuerdo las mórbidas visiones que presencié y los horrores que viví, aquellos que no me dejan dormir en paz, paz que probablemente no recupere en lo que me queda de vida, por los que mis manos tiemblan al escribir sobre ellos y su naturaleza ajena a nuestro plano de existencia. He aquí, la última parte de mi testimonio, he aquí la respuesta a la pregunta de cómo escapé.

Desperté con frío, como se despierta después de una pesadilla a mitad de la madrugada, en ese ambiente frío y completamente oscuro. Mis piernas y brazos estaban entumecidos y mis ojos tardaron en adecuarse a la oscuridad más profunda del ambiente, oscuridad que parecía incluso más que la existente tras mis párpados. Durante la pelea había perdido mis anteojos. Palpé el suelo y descubrí el armazón de los mismos totalmente desecho. De seguro H... se había encargado de pisarlos y destruirlos para hacerme más difícil el seguirlo. Sentía la cara hinchada, incluso me costaba parpadear y el resto de mi cuerpo se encontraba adolorido. Cuánto tiempo había permanecido inconsciente, lo desconozco, pues la ausencia de luz había hecho que mi sentido del tiempo se atrofiara perdiendo la noción del paso del mismo. Intenté incorporarme pero la estrechura del túnel hizo que me golpeará la cabeza. Poco a poco fui recordando todo: el templo, el descenso, la primera cámara, los disparos, J..., la persecución, la pelea, J..., a H... herido golpeándome hasta la inconsciencia. J....

Todos esos pensamientos se arremolinaron en mi mente, sensación que se sumó a la oscuridad total. Me sentía tan confundido, tan apesadumbrado. No sabía qué hacer; si volver a la cámara a buscar a J. o seguir en mi persecución de H... que de seguro conocía una salida de ese infierno diferente a la fosa que habíamos usado como entrada. Sentía como si cayera en el vacío. Empecé a recordar las pinturas de la pared en la cámara principal del templo y hacer analogías con las cosas que nos atacaron, que a pesar de no haber podido verlas con claridad estaba

seguro de su naturaleza arácnida. Empezaba a desvariar, tenía que salir de ahí cuanto antes. Todos estos pensamientos, emociones y sensaciones provocaron que empezara a sentir claustrofobia.

Me levanté, esta vez con cuidado de no golpear mi cabeza, ya estaba de por sí muy dañada, pensé. No recordaba mi ubicación con exactitud, solo comencé a caminar tentando con ambas manos las paredes de la cueva esperando encontrar una salida o la cámara que había dejado atrás (o adelante) con anterioridad. No pasó mucho tiempo de iniciada mi caminata cuando mi pie encontró algo sólido en el suelo, redondo y duro. Palpando con ambas manos en mi ceguera total descubrí que se trataba de un casco, el casco de H.... que lo había perdido seguramente al sufrir una caída durante su huida. Lo palpé y prendí la lámpara que tenía al frente, estaba dañada pues la luz que emitía parpadeaba y era muy tenue, no tardaría en apagarse de nuevo, y con ella de seguro, la sensación de alivio que había tenido yo al encontrarlo.

Continúe caminando, esta vez más a prisa tras descubrir en el suelo un rastro de sangre, apenas un hilo delgado, producto de la herida que le hice a H... Gracias a la luz aprecié que el camino que estaba siguiendo tomaba una pequeña pendiente hacia arriba, por lo que mi esperanza aumentó. A pesar de eso pude confirmar que era verdad lo que mis compañeros me decían siempre que me pedían prestados mis lentes: Era ciego como un topo. Continúe caminando, ahora casi trotando, pues la luz del casco se hacía más tenue conforme avanzaba. Noté también que la temperatura descendía aún más y pude ver el vapor saliendo de mi boca y nariz. Algo andaba mal, lo podía sentir en el ambiente. Sentía mi mente pesada, sentía el peligro, pero mi instinto de supervivencia parecía haberse averiado, ya que aunque le ordenaba a mis piernas detenerse, ellas parecían no obedecer; también se sentía un hedor, no sé cómo explicarlo pues nunca en mi vida que ha estado llena de olores de todo tipo, he oído algo parecido: nauseabundo, podrido pero empalagoso a la vez. Los hongos, los musgos y los insectos que se escondían en las grietas habían desaparecido por completo también, como si evitaran instintivamente ir en la dirección a la que yo me dirigía.

Aproximadamente tres metros más adelante se abría otra cámara igual de grande que la anterior y otro objeto perteneciente a H... llamó mi atención. Se trataba nada menos que de su cangurera. Ésta, a diferencia del casco no la había perdido al caerse o algo parecido. ¿Cómo lo sé? Se encontraba sobre un charco enorme de sangre fresca aun. Las cintas que servían para asegurarla a la cintura de su propietario estaban rotas, rasgadas, como si un animal muy grande la hubiera arrancado de un solo zarpazo y después lo hubiera arrastrado, pues el charco se convertía en una plasta que evidenciaba que H... había sido tomado por la fuerza por algo más grande y fuerte que él.

Apoyé la cangurera en el suelo, con la luz del casco apuntando hacia ella y procedí a inspeccionar el contenido. Pude distinguir algunos frascos de medicamentos vacíos y otros a la mitad o menos de su capacidad, probablemente analgésicos. De igual manera, un arma, lo cual me alarmó y me llevó a cuestionar el motivo de que después de haberme dejado inconsciente no me hubiera disparado o algo así, lo cual esclarecí al abrir el arma y ver que no estaba cargada y tampoco había rastro de munición en ninguna parte de la cangurera. De igual manera pude encontrar una bengala sin usar y un pequeño amuleto hecho de madera que, en aquel momento, a mis ojos casi ciegos y aun habituándose a la cada vez más escasa iluminación parecía un ave o algún otro animal alado. Al tocar el amuleto con las yemas de mis dedos, pude notar que tenía algo grabado que hasta hoy día, que cuento con anteojos nuevos y con la iluminación adecuada no he podido identificar, pues se haya tallado de manera burda en un lenguaje desconocido.

Me encontraba contemplando el amuleto, tratando de descifrar su forma y significado cuando la temperatura del ambiente descendió todavía más –me sorprende hoy todavía el hecho de que no se formara escarcha a temperatura tan baja- mientras una ventisca salvaje azotaba el lugar y la luz de la lámpara empezaba a tambalear, como si de la luz de una vela al viento se tratara. A todo esto siguió un ruido, el ruido que produce un abrigo de piel o una chaqueta de cuero al agitarse, pero de manera más estruendosa, acercándose al suelo desde el otro lado del túnel, en la parte superior de la cámara. Fue entonces que aterrizó y al hacerlo la lámpara se apagó. Inconscientemente llevé mi mano a mi boca para evitar gritar y pegué mi espalda al muro del túnel, mientras esa cosa, en la oscuridad más absoluta plegaba sus alas.

Podía oír su respiración agitada. Olfateaba el ambiente. Pude también distinguir que él era el que producía ese olor tan nauseabundo y empalagoso a la vez, pues mientras más se acercaba gateando, mayor era la intensidad de dicho olor. Fue entonces que con alguna de sus extremidades movió el casco que se encontraba en el suelo y al hacerlo emitió un chillido, agudo pero atronador al aire. Después de eso, hubo unos pocos segundos de silencio y después un pequeño chasquido, un chasquido que de alguna manera penetró en mi psique, provocando visiones de seres monstruosos que habitaban la tierra desde su formación y que crearon a la humanidad por mera diversión solo para que los adoraran. Todas estas visiones grotescas, sumadas al remolino de pensamientos sobre mis compañeros y la naturaleza de la expedición casi me hacen gritar. Por fortuna pude contener mi grito emitiendo un pequeño chillido, como el de un perro herido. Sin embargo esto fue suficiente para llamar su atención. A pesar de no poder ver, sentí como se acercaba hacía mí, sentí su olor, su respiración, lo tenía frente a mí. Empecé a llorar.

Sin pensar en lo que hacía, tomé la bengala y la prendí. Reflexionando sobre este acto he llegado a la conclusión de que puesto que mi discapacidad visual solo era hacia objetos en la distancia, la adrenalina inundando mi mente me hizo querer ver con mis propios ojos aquello que acabaría con mi vida. Grave error, pues el rostro que vi me perturbará por el resto de mis días, persiguiéndome en sueños, acosándome en la oscuridad. Frente a mí se erguía un rostro totalmente lampiño, de color negro grisáceo que se tornaba rojizo por la luz de bengala, con los ojos ciegos inyectados de sangre, orejas grandes, desnudas, llenas de pliegues y que formaban nudos sobre sí mismas sobresaliendo a cada costado de la cabeza, una nariz achatada y puntiaguda que precedía a un hocico nauseabundo con grandes colmillos desproporcionados, carcomido por el tiempo, degenerado por la oscuridad, con un pelaje negro se encontraba el dios murciélago, mitad hombre, mitad bestia, el dios de la oscuridad, aquel que exigía sangre en sus sacrificios y traía la plaga y la enfermedad. ¡Frente a mí, encorvado y apoyándose en sus cuatro extremidades, observándome fijamente se encontraba Camazotz!

La poca cordura que me quedaba se perdió en ese momento, ya que al observarlo una voz dentro de mi mente empezó a hablarme en un idioma desconocido y muy antiguo, tan antiguo que no era humano. La bestia abrió sus fauces dejando escapar la peste, dispuesta a clavar sus colmillos en mí. Sin embargo, saliendo de mi trance, aproveché esta situación para enterrar la bengala encendida en sus fauces. La bestia chilló, gritó y se retorció, tratando de quitársela y a su vez arrojó un objeto que llevaba sujeto con una de las horrendas garras. A la luz de la bengala pude ver de qué se trataba: ¡La cabeza de H... cercenada de un mordisco de su cuerpo a medio devorar y con un rictus de horror en el rostro!

Lo mórbido de esa última visión me hizo recobrar mis fuerzas. Empecé a correr por donde había venido. Corrí como nunca antes lo había hecho, encorvado. A lo lejos pude escuchar los chillidos y aullidos de dolor de la bestia, mientras escuchaba también como empezaba a reptar, enfurecida tras de mí. La angustia de saberla próxima me obligó a apretar el paso. Sin saberlo, de manera inconsciente al huir tomé el casco y la cangurera. La luz del casco se encendió de nuevo, parpadeante, como si al estar fuera del alcance de la bestia la luz volviera a él. Continué corriendo y serpenteando por el túnel que se va ensanchando conforme regresaba a la primera cámara. Parecía que había tomado una ventaja significativa sobre mi perseguidor pues dejé de escucharlo. Decidí entonces, tomar un ligero respiro mientras veía con horror que había vuelto a la primera cámara.

Al llegar y gracias a la lámpara del casco, que para entonces decidí colocarme en la cabeza, pude ver un grotesco espectáculo que me hizo gritar de horror. Sobre las paredes, cuatro capullos envueltos en seda, del tamaño de personas cubrían los cuerpos aparentemente sin vida de J..., M... y T... Mi grito hace que a través de la tela traslúcida, J... abra sus ojos horrorizada buscando la fuente de luz, encontrándose su mirada con

la mía. Logra pedirme llorando, con un grito ahogado, ayuda. No logré entenderle completamente porque la seda tapaba su boca. De entre varios huecos en la pared de roca, lo suficientemente grandes para que pase un hombre adulto, atraídas por mi grito emergen varias bestias arácnidas gigantescas. Los entendidos saben que el cuerpo de las arañas se divide en dos secciones: el prosoma que corresponde a la parte cefálica y el opistosoma, que es la parte posterior del animal. En estas bestias, el opistosoma permanecía igual que en las arañas, siendo muy similar a las tarántulas con cuatro extremidades emergiendo, pero el prosoma sufría una deformación monstruosa, prolongándose en lo que parecía ser un abdomen y una caja torácica humana, totalmente desnuda, con dos extremidades extra emergiendo de las costillas y otras dos más en los hombros. Las caras en sus cabezas lucían andróginas, todas ellas adornadas con largas cabelleras y conjuntos de ojos negros, vacíos y sin pupilas.

Al escuchar mi grito y los gritos ahogados de J. una de esas bestias se acercó a ella chasqueando y abrió sus fauces solo para que del interior de su boca surgieran un par de quelíceros, inyectándola con su veneno mortal, el cual corrompió su carne ennegreciéndola y acabando con su existencia frente a mi mirada impotente. Mientras veía como da sus últimos movimientos, otras criaturas surgidas de agujeros similares en las paredes arrastraron los capullos de M... y T... hacia sus madrigueras. El que acabó con la vida de J... hace lo propio. Impotente, me dejo entonces caer sobre mis rodillas y me llevó las manos a la cabeza mientras grito y lloro por el horror y la desesperación.

Aun en el suelo rocoso, cubierto de seda gastada puedo escuchar como alrededor mío empiezan a salir cientos, si no es que miles de esos monstruos araña y comienzan a rodearme. A un metro de distancia veo algo tirado, es el arma de T... Sin embargo no me quedan fuerzas ni físicas ni emocionales para ir por ella. Decido entonces esperar mi final. Una de las bestias se arroja sobre mí abriendo sus fauces, dejándome ver su cavidad bucal, cubierta por hileras de dientes afilados pero se estrella contra el dios murciélago que seguía tras de mí y que sin notarlo me había dado alcance. Una vez más la lámpara se apaga y la temperatura desciende con la influencia maligna de Camazotz, pero mi esperanza y deseo de vivir se enciende de nuevo.

Me incorporo y comienzo a correr una vez más mientras los chasquidos y chillidos de Camazotz y los Chiwo se mezclan y se confunden, uniéndose a veces. Todos peleando por mí, una presa potencial. Corro a través de la cámara y logro patear algunos objetos tirados en el suelo, probablemente los frascos que llevaba J. para muestrear o las pertenencias de T... Francamente prefiero no pensar en eso. Llego a la otra entrada de la cámara, chocando a veces y esquivando otras tantas a las bestias-arañas. Ellas no lo notan pues están más interesadas en acabar con su adversario. Sigo corriendo largo tiempo por esa caverna hasta que me topo con la

fosa por donde entramos. Estoy bañado en sudor y sumamente cansado. La lámpara no enciende más a pesar de haberme alejado de la cámara, probablemente se ha averiado por completo. Para mi fortuna la cuerda con la que descendimos aún se encuentra ahí. Tomándola firmemente empiezo el ascenso tortuoso pues el dolor y el cansancio se extienden por todo mi cuerpo. Finalmente tras lo que parecen días enteros de ascenso logro llegar a la cámara principal de la pirámide, arrastrándome, sudoroso, cubierto de lágrimas, adolorido y totalmente deshidratado. Desato la cuerda y la dejo caer por el borde de la fosa.

Camino unos cuantos metros hacia la salida y me derrumbo. Me arrastro hasta la salida. No puedo más. Metros atrás, del interior de la fosa, alcanzo a escuchar los chillidos de frustración de Camazotz. Eso me hace incorporarme y seguir –ya no corriendo- cojeando el camino cuesta debajo de la pirámide por las escaleras. Sigo caminando trabajosamente y me interno en la selva, por el sendero que marcaron I... y M... Cuando I... y M... llegan con el equipo de rescate apenas y estoy vivo. Soy trasladado a un hospital regional donde me es dado a conocer que el descenso y la exploración duraron una semana entera. Después soy canalizado al mismo hospital que H... en su momento en la capital del país.

Pasa un mes para que me recupere físicamente. Las heridas emocionales y psicológicas nunca sanarán. Durante todo este tiempo no me separo de la cangurera que perteneció a H... Ahora en la superficie puedo inspeccionarla mejor y encuentro un pequeño cuaderno que le pertenecía: su bitácora. Al leerla, me doy cuenta de los verdaderos motivos de la primera expedición de H..., el cual era hallar el legendario templo subterráneo erigido a Mictlantecuhtli así como el nido donde reposa eternamente Camazotz. Me estremezco, pues se trata de hechos que escalan a esferas más altas de poder donde se revelan los nombres de involucrados en cultos que hoy día se considerarían arcanos y perversos. Decido transcribir rápidamente los hechos que encuentro más relevantes en mi propio diario y a deshacerme después de la bitácora de H... Días después mi jefe y el jefe de H... me visitan en mi cama de hospital para, según ellos darme sus condolencias y después preguntarme de una manera poco sutil sobre la bitácora. Les respondo que tanto el objeto en cuestión como el mismo H... se perdieron en el interior de la pirámide.

Me llama la atención la mención de un árbol maligno oculto en esa misma selva en la bitácora de H... y como al mencionárselo a I... días después, él dice que al estar con M... marcando el sendero de vuelta, se sintió observado y jura haber visto como una rama sinuosa y de apariencia pegajosa se plegaba sobre sí misma aprisionando a un ave, callando su canto, pero que no se atrevería a volver para indicar la ubicación exacta en donde presencié el hecho. Aun mantengo contacto por correspondencia con él y con M... que, al parecer no sabía nada de la verdadera naturaleza de H... ni de ninguno de sus otros compañeros que sirvieron para

alimentar a los Chiwo y a Camazotz.

Cuando soy dado de alta soy citado a declarar ante un juez federal y tras escuchar mi testimonio, tal y como aquí lo he expuesto soy tachado de incompetente mental y recibo burlas a cambio. Soy despedido de mi trabajo y me mudo de la ciudad al pueblo natal de mi madre; es un lugar tranquilo en el estado de Tlaxcala. Me hace falta después de todo lo vivido. Ahora me dedico al campo junto con algunos de mis primos. No dejo de hacer actividad física ni un solo día a pesar de que casi perdí el ojo derecho después de mi riña con H. en esos túneles. Tiempo después se escuchan rumores sobre un levantamiento armado por parte de la comunidad indígena que vivía en las cercanías del templo dando como resultado la destrucción del mismo. Sea lo que sea que en verdad haya pasado, tal vez es mejor que haya sido así. Ojalá hayan sellado la entrada a las fosas malditas para siempre.

Todavía conservo el amuleto de H... Es una pequeña efigie de Camazotz, el dios murciélago. La inscripción de la parte posterior está en un idioma antiguo que como ya dije antes, no corresponde con la escritura maya antigua o ninguna escritura humana conocida. Ahora temo más que nunca a la oscuridad. Las ventiscas y las heladas me ponen nervioso, lo mismo que el batir de las alas de los pequeños murciélagos insectívoros que de vez en cuando vuelan los cielos del campo. El contenido de la bitácora de H... era impresionante, ya que no solo revela nombres de cultistas que a la luz pública son figuras públicas de reputación respetable, también revela ubicaciones de otros templos a deidades antiguas e igual de abominables que el propio Camazotz en todo el mundo, así como muchos otros asuntos que de ser revelados causarían revuelo y cambiarían el rumbo del mundo tal y como lo conocemos. En fin, no creo que esto último pase. Nadie me creería, nadie toma en cuenta a los locos. La temperatura está bajando, es una noche de diciembre del año 201X. En el campo, las noches siempre son más oscuras y frías que en la ciudad, al menos aquí es así. Hoy en particular hace mucho frío y mucho viento.